

HOMENAJE A SAN JUAN DE LA CRUZ

JULIO PORRES MARTÍN-CLETO
 Director

Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Primado:
 Illmos. Sres. académicos:
 Señoras y señores:

Entre los numerosos actos de homenaje y recuerdo que en este año se dedican al gran poeta y místico castellano que, en religión, llevó el nombre de fray Juan de la Cruz, no podía faltar el de esta Real Academia. Y no sólo porque el apellido del santo en el siglo fuera Juan de Yepes, el antiguo señorío de los arzobispos toledanos, sino porque aunque naciera en Fontiveros, a siete leguas de Ávila, su padre era el hidalgo toledano Gonzalo de Yepes, según el testimonio autorizado del propio hermano del carmelita, al declarar en el proceso de beatificación. Y porque otros muchos parientes de este gran santo eran también toledanos.

Hace veintidós años, nuestro erudito compañero don José Carlos Gómez-Menor iniciaba su andadura académica con un bien documentado discurso sobre "El linaje toledano de santa Teresa y san Juan de la Cruz". Nos describía entonces al excelso poeta como hombre "de fisonomía no hermosa, pero no desagradable"; bajo de estatura, poco mayor del metro y medio; moreno de piel, ojos y pelo negros, anchas cejas, nariz aguileña. Con un gran dominio de sí mismo, junto con una gran serenidad y alegría interiores. Uno de sus contemporáneos nos dice que en los seis años que le trató jamás le vió colérico ni impaciente, ni hablar una sola palabra descompuesta, "porque era muy grande su magnanimidad y tolerancia". Y su propio secretario le califica también de "muy prudente, manso y benigno, y muy mortificado y de gracioso exterior".

Bien había de mostrar esas cualidades durante los nueve meses que vivió en Toledo, desde finales de 1577 a agosto de 1578. Y estuvo aquí, no por orden de la Inquisición como hemos visto publicado recientemente por una especialista en otros temas, sino

apresado por sus propios compañeros por las discrepancias entre quienes seguían las instrucciones del General de la Orden y los seguidores de los Visitadores, entre los que se contaba fray Juan, quizá "cabeza de turco" de éstos. En la estrecha celda donde estuvo recluso, con lejanas vistas hacia el norte de la ciudad, escribió su famoso "Cántico espiritual" y de ella pudo escapar una noche, siendo acogido hasta que amaneció por un toledano cuyo nombre ignoró el futuro santo y por tanto ignoramos nosotros, hasta que pudo refugiarse, ya al amanecer, entre sus hermanas de religión.

Desde hace pocos años nos recuerda esta prisión y esta fuga providencial una lápida fijada en la muralla que sostenía el convento del Carmen calzado, en el acceso a Toledo por la puerta de Doce Cantos. No fue éste el sitio exacto de su evasión, sino por la fachada del convento que daba a un huerto o corral del monasterio, lindero con el de las Concepcionistas, que hoy ocupa la subida a la ciudad desde la puerta de Alcántara y el paseo del Carmen. Pero tuvieron que colocarla en este sector de muralla porque ya no queda ningún resto del convento, incendiado primero en 1812, desamortizado y vendido en 1835 y demolidos sus restos por su comprador, José Safont.

En la actualidad por tanto, los modestos mercaderes que cada martes ocupan con sus mercancías estos parajes, se asientan sin saberlo sobre el solar donde nació uno de los poemas más bellos y más inspirados de la lengua castellana.

Pero dejemos la palabra a quienes saben bien del santo y de su época. Tiene la palabra el lltmo. Sr. D. Jaime Colomina Torner.

SAN JUAN DE LA CRUZ: UNA LUZ EN LA NOCHE

JAIME COLOMINA TORNER

Numerario

I. Juan de la Cruz fue un poeta; pero de muy alta calidad estética.

Y fue un santo; un santo de muy hondas connotaciones místicas.

Y fue también un hidalgo: un espíritu noble dentro de su pobreza hasta harapienta.

El poeta es siempre intuitivo. Penetra en la realidad de golpe, iluminándola por dentro, como el rayo láser, en vez de horadarla fatigosamente con el raciocinio o socavarla lentamente con el goteo de la meditación.

El poeta santo, por su parte, aprehende no sólo la realidad humana sino también la divina: lo divino que hay en lo humano. Y el santo poeta de alma hidalga asume este oficio de aprehender y esclarecer la realidad, de ser luz en la noche, con alteza y nobleza singular.

Intentaremos asomarnos, en los breves minutos de que disponemos, a los infinitos horizontes de esta alma única, verdadero paradigma de nuestro Siglo de Oro.

Mas digamos antes que S. Juan de la Cruz tuvo múltiples raíces ideológicas. Bebió en aguas cristalinas. Por supuesto, en la Escritura, que conocía muy bien; también en los Padres de la Iglesia, especialmente San Agustín; y en importantes autores medievales: San Bernardo, con su *Comentario al Cantar de los Cantares*, Hugo de S. Víctor, Tomás de Kempis, Ruysbroeck, Susón, Tauler, Dionisio el Cartujano, Gerson, y los españoles franciscanos Francisco de Osuna (+ 1540), que con su *Tercer Abecedario* influyó parcialmente en el espíritu de Teresa de Jesús y del mismo San Juan, y Bernardino de Laredo (+ 1540) que con su *Subida al Monte Sión* preludiaba la *Subida al Monte Carmelo*.

Peró hubo otros influjos contemporáneos ya del área toleda-